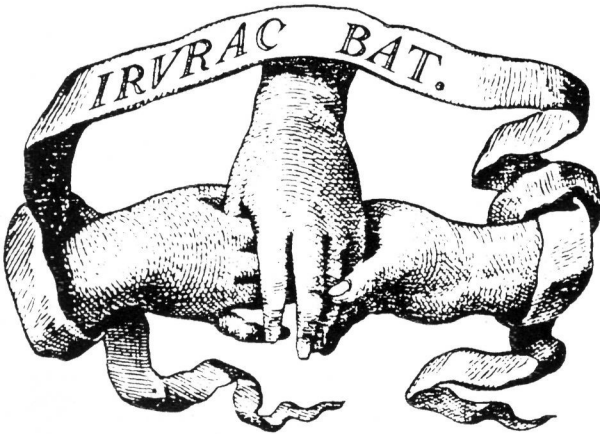


Joxe Azurmendi

**LA PRESENCIA DE NIETZSCHE EN LOS
PENSADORES VASCOS
RAMIRO DE MAEZTU Y JON MIRANDE**



Man. Salvador Carmona sculpt

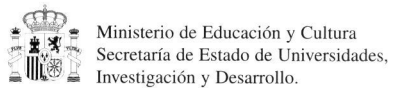
**REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS
EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA
COMISIÓN DE ALAVA
ARABAKO BATZORDEA**

Colección EGINTZAK - núm. 12

2001

© Edita: Comisión de Alava de la
Real Sociedad
Bascongada de los
Amigos del País.
San Antonio 41, bajo
01005 Vitoria-Gasteiz

La Comisión de Alava de la Real
Sociedad Bascongada de los Amigos
del País agradece la colaboración
prestada para esta publicación a :



Arabako Batzordearen Euskalerrriaren
Adiskideen Elkarreak, Arabako Foru
Aldundia eta Kultura Ministerioari
Hau argitaratzeko emandako laguntza
ezkertzen dio.

Imprime: Imprenta Pradells S.L.
D.L.:VI - 153/02

Joxe Azurmendi

**LA PRESENCIA DE NIETZSCHE EN LOS
PENSADORES VASCOS,
RAMIRO DE MAEZTU Y JON MIRANDE**

Conferencia pronunciada
por don Joxe Azurmendi,
Catedrático del Departamento de Filosofía de la U.P.V.
en la Cámara de Comercio e Industria de Alava.
el día 22 de noviembre de 2000 en Vitoria-Gasteiz,
Organizó la Comisión de Alava de la RSBAP

**LA PRESENCIA DE NIETZSCHE EN LOS
PENSADORES VASCOS
RAMIRO DE MAEZTU Y JON MIRANDE**

**Joxe Azurmendi
Catedrático del Departamento
de Filosofía de la U.P.V./E.H.U**

LA PRESENCIA DE NIETZSCHE EN LOS PENSADORES VASCOS RAMIRO DE MAEZTU Y JON MIRANDE

*Joxe Azurmendi
Catedrático del Departamento
de Filosofía de la UPV/EHU*

Introducción

Antes de entrar en el tema, voy a empezar por unas cuestiones muy simples, o que parecen simples a primera vista, para hacernos una idea del pensamiento de Nietzsche.

¿Cómo sabemos que éso (el techo, por ejemplo) es arriba, y éso es abajo (el suelo)? Sencillamente, eso no lo sabemos, lo decidimos. Y lo decidimos tomando como referencia nuestro punto de vista. Sin esta referencia no hay arriba y abajo. El punto de vista es constructor de la realidad.

Vamos a dar un paso más. Lo mismo que en el físico, en el espacio moral nos orientamos partiendo de nuestro punto de vista: es el punto de vista el que decide qué está bien, qué está mal. Hay un punto de vista moral que dice “Bienaventurados los pobres”. Según otro punto de vista habría que decir más bien, “Malaventurados los pobres”.

Un paso más, para terminar: el punto de vista, que es constructor, es a su vez construido, un constructo de la experiencia. ¿Cómo se ha construido -poco a poco, a lo largo de la historia, de las guerras, la esclavitud, las deportaciones-, el punto de vista que dice “bienaventurados los pobres”? O que dice: “no robarás, no matarás”? ¿Cómo podemos y debemos valorar hoy, en una sociedad que se dice poscristiana -al menos a nivel de argumentación pública-, ese punto de vista?

Con esta pregunta nos encontramos ya plenamente en el pensamiento de Nietzsche. Un dicho nietzscheano bien conocido de todos Uds. es que Dios ha muerto (que no es original de Nietzsche). Tradicionalmente hemos aprendido “haz esto”, “deja lo otro”, “Dios así lo quiere”; tradicionalmente ha sido el punto

de vista de Dios el que decidía qué está bien o mal. Pero si Dios ha muerto, ya no nos dice, y en realidad nunca nos ha dicho, qué está bien o mal. Y ahora la pregunta es: en la larga historia del hombre, desde los pueblos prehistóricos salvajes (donde se decidía el derecho a porrazos, suponemos que sin muchos escrúpulos ni consideraciones morales) a los grandes imperios ¿cuándo y cómo hemos venido a decir que era Dios quien decidía el bien y el mal, y precisamente este bien y mal?

Con su permiso voy a resumir brevísimamente la respuesta de Nietzsche en tres puntos:

1) No han sido los vencedores, han sido los derrotados, los fracasados, los que han expuesto la tabla de valores que dice: amarás al prójimo, ayudarás al pobre, no tomarás venganza. Es la “moral de los esclavos”, del nihilismo, que ha invertido los valores originales de la “moral de los señores”, e.d., de la nominal de las razas fuertes y aristocráticas, dominadoras.

2) En dos mil años de cristianismo esta moral decadente, propia de esclavos y sacerdotes, no de guerreros, moral de las mayorías dominadas, ha pasado a ser la moral dominante; ha logrado cubrir de descrédito la fuerza, el poder, el placer, e.d., todo lo que originariamente era positivo, lo que caracteriza la individualidad superior sana, corrompiendo las fuentes mismas del ser de Occidente (igualitarismo, democracia, socialismo, etc. son sus frutos modernos).

3) Con Dios ha muerto este hombre viejo, decadente, cristiano. El futuro se abre ahora a un hombre nuevo, sin Dios ni amo, responsable y dueño único de su destino. El débil llora la muerte de Dios y se hunde en el nihilismo. El fuerte, el Superhombre, vuelve a estar otra vez más allá del bien y del mal. Este es el mensaje de Zaratustra. Libre de toda moral, el Superhombre no conocerá consideraciones pías o morales que limiten su fuerza, su voluntad. No conocerá más ley que la naturaleza. Ya la cuestión no es ¿qué está bien?, sino: ¿qué es positivo? Positivo será todo lo que favorece la vida; negativo, todo lo que debilita la vida, el poder, la lucha, la victoria.

De la influencia, muy amplia y diversa, que estas ideas han tenido entre los pensadores vascos del siglo XX (Unamuno, Baroja, Salaverría, etc.), en esta conferencia recordaremos sólo a dos: Ramiro de Maeztu, escritor en castellano, y Jon Mirande, en euskara. Será procedente que aquí, en Vitoria-Gasteiz, nos detengamos más en Maeztu. Pero me limitaré al Maeztu joven, simpatizante socialista o anarquista; sin entrar para nada en el apóstol o mártir de la Hispanidad o como Uds. quieran, de sus últimos años, más que para subrayar que en el fondo también entonces sigue siendo nietzscheano.

MAEZTU

Como otros muchos de su generación, Maeztu nace y se desarrolla “en contra”. Su hermana María recuerda al joven Ramiro como *“la conciencia de un pueblo escarmentado que se revuelve contra todos los hombres y todas las cosas en que había creído: políticos y escritores, historia e instituciones, costumbres e ideales. Lo mismo combate los toros que los periódicos, la leyenda de la riqueza española que la de nuestros clásicos, que la de nuestra infantería. Sus artículos son ataques a todos y a todo. Su vida en Madrid es constante polémica en la calle, en las redacciones, en los saloncillos de teatro.”*

Lleno de energía y vitalidad, de fuerza física, de arrogancia, Maeztu ha encontrado en Nietzsche un pensamiento adecuado a su temperamento. Hay muchos testimonios de los amigos que le conocieron en Madrid en la bohemia literaria de finales del siglo XIX y principios del XX. Y todos coinciden en describirlo como un hombre alto y fuerte, poseído por una furia iconoclasta, excéntrico, agitando los brazos y gesticulando, discutiendo en los cafés acaloradamente con todos y de todo, o irrumpiendo en una redacción brincando sobre las sillas, exagerado y provocador, haciendo alarde de radicalismo feroz. Pío Baroja lo recuerda así en sus Memorias: *“Con su conversación impulsiva, Maeztu estaba siempre a punto de provocar conflictos, porque hacía afirmaciones tan exageradas que nadie podía oírlas*

con calma.” Salaverría nos ha dejado esta descripción: “Maeztu era todo gesto. Se derramaba en gestos, que, conviene advertirlo, carecían de la afectación y belleza académica del gesto italiano, pero que hacían de su persona lo que se llama un espectáculo magnífico. Sobre todo cuando se sentía inspirado.” En estos momentos de inspiración, Maeztu se exaltaba, moviendo los brazos como aspas de molino. “Todo Nietzsche absorbido a grandes sorbos con una incontenente glotonería brotaba entonces en atrevida hilera de aforismos demoledores. Hasta que el “crescendo” llegaba al máximo de exaltación, y Maeztu, no pudiendo más, quedaba como abatido, desfalleciendo arrepentido, mientras sus dedos arrancaban un pedacito de papel de un periódico y lo llevaba a la boca. El hombre lo masticaba silencioso, ante la jocosa interpretación de los circundantes, que sonreían encantados”.

Ahora no nos interesa la persona –su psicología-, sino sus ideas. Y, más concretamente, la presencia de Nietzsche en su pensamiento.

Azorín, muy próximo a Maeztu en los primeros años, lo considera “*el más exaltado de los nietzscheanos.*” Los testimonios del nietzscheísmo de Maeztu, cuando el nietzscheísmo fue una moda arrolladora, son numerosos. El mismo Maeztu lo recuerda así: “*Yo había leído a Nietzsche por patriotismo. La flojedad que sentí en mí, en torno mío, durante los años de las guerras coloniales terminadas en 1898 con la agresión de los Estados Unidos, que a su prestigio de potencia invencible unió la aureola de nación libertadora de pueblos oprimidos, me hizo sentir la necesidad de hombres superiores a los que teníamos. ¡Hombres superiores! Lo que España necesitaba es lo mismo que Nietzsche había predicado: ‘Os enseñó el superhombre. El hombre es algo que debe superarse. ¿Qué habéis hecho para superarlo?...’*” Está claro: los Estados Unidos no sólo son los vencedores, son además los liberadores, los buenos. La experiencia enseña que en la historia el más fuerte siempre tiene razón. Los buenos son siempre los vencedores. España debe dejarse, pues, de reparos de conciencia y hacerse fuerte. (Después de la guerra civil el mismo tipo de reflexiones vuelve a encontrarse en

varios escritores vascos). Un estudio de Maeztu del Prof. José Luis Abellán, de la Complutense, lleva el título "*Ramiro de Maeztu como expresión de la Voluntad de Poder*", suficientemente significativo. El mejor conocedor del tema Nietzsche en España, Gonzalo Sobejano, escribe: "*Ramiro de Maeztu (1874-1936) es, con Pío Baroja, el miembro de la generación de 1898 más declaradamente influido por Nietzsche. El fue el primer escritor del área castellana que tomó una actitud no sólo positiva sino entusiasta ante el pensamiento del filósofo alemán, y ello públicamente y sin reservas. Este nietzscheísmo juvenil de Ramiro de Maeztu, tan paladino, tan aparatoso, ha permitido que se hablara de él como de un 'Nietzsche español' por los años de transición de un siglo a otro.*" Sobejano nos dejó (1967) un estudio muy fino y muy documentado de los distintos aspectos del nietzscheísmo de Maeztu, y los que han tratado después el tema generalmente no han hecho más que repetirlo. Para no hacer otro tanto, me voy a referir a tres aspectos que, aunque no sean los más destacados, me parecen todavía bastante interesantes: la visión de la historia y sociedad españolas, el elogio de la guerra, la crítica de la prensa.

1.-Visión de la historia y sociedad españolas

El desastre.- Sorprende un poco que historiadores españoles rigurosos, como el mismo J.P. Fusi, sigan hablando con toda naturalidad del "desastre" del 98. La independencia de Cuba, de Filipinas, ¿son un desastre?.. Sólo si partimos de la visión imperial de España. Soterráneamente este punto de vista domina toda la literatura que hemos heredado "del 98", hasta hoy: "*una forma de meditación esencialista sobre la realidad española* - observa muy bien J.P. Fusi- *que iba, además a impregnar decisivamente la vida intelectual del país (y, en parte, la vida política) a lo largo del siglo XX*". La visión de una España que alcanza la cumbre allá por el siglo XVI, vive un Siglo de Oro glorioso, luego va decayendo, hasta la pérdida de las últimas colonias, "el desastre". A este respecto, Maeztu tiene una teoría original sobre el Quijote. Según él, esta obra, reconocida

universalmente como el exponente máximo de la literatura española y del espíritu español, es en realidad, un “libro de viejos”, expresión de una España decadente, cansada de la vida, sin energías. El humor superficial que rezuma el Quijote es en el fondo amargo desencanto, un nihilismo vulgar, que ha acabado convirtiéndose en la filosofía universal del alma española: no seas Quijote, déjate de sueños y grandes ideales, no son más que molinos de viento; el mundo está mal, pero tú y yo no podremos arreglarlo, déjalo estar; sobre todo no te metas donde no te llaman a desfacen entuertos, que acabarás apaleado. Cervantes, que ha sido soldado y aventurero, que ha creído en los grandes ideales, se encuentra ya, cuando escribe esta obra, *“cansado, añorando el descanso con el que soñaba, y en esta necesidad de descansar hemos de ver el sentido íntimo de su obra. El estado de Cervantes era el de toda la España de su tiempo.”* Cervantes, demasiado orgulloso para confesar su cansancio, no quiso llorar y sonrió. Una sonrisa de viejo desengañado, de ironía y de tristeza. Esta interpretación escandalizó a los colegas y provocó toda clase de críticas, entre ellas la acusación de que no hacía sino copiar a Unamuno. De hecho, Unamuno mostraba por estos años, aunque más tarde cambiara de concepto, una percepción compaginable con la derrotista de Maeztu. Este ha defendido vehementemente su originalidad toda la vida. Pero todavía el mismo Sobejano parece inclinado a aceptar aquella acusación. A mí me parece que en este punto Maeztu tiene razón (dejando de lado que en muchos temas Maeztu es efectivamente un plagiarlo). En esta lectura suya del Quijote Maeztu es independiente y anterior a Unamuno. Y hoy podemos decir también cómo ha llegado Maeztu a esta apreciación suya: partiendo de Nietzsche, cuyo esquema de lectura de la decadencia de Occidente por cansancio, aplica él a la historia de España.

Los escritores del 98 han desarrollado una visión apocalíptica de España. Es “el desastre”. España se encuentra en la ruina total, en el punto más bajo de su decadencia, que se supone empieza allá por los Borbones o últimos Austrias. Desde entonces España no ha hecho más que decaer, hasta llegar a la repugnante mediocridad actual (quisiera anotar que las expre-

siones que voy a emplear en estas líneas son debidas a Maeztu). Este ya no ve por todas partes más que corrupción administrativa, gobernantes ineptos, políticos degenerados y vendidos, terratenientes vagos que dejan el campo y van a la ciudad de señoritos, dejando el trabajo a gente que lo hace desde cientos y como hace cientos de años, sin reflexión ni progreso. Una España degenerada, soñolienta y perezosa. Este tono no es exclusivo de Maeztu. Uds. conocen los versos de Antonio Machado: *“La madre en otro tiempo fecunda en capitanes/ madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.”* O también aquellos otros: *“Castilla miserable, ayer dominadora/ envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora.”* Hay un texto muy conocido de Maeztu -en otros tiempos muy citado- describiendo la miseria española, que voy a permitirme leerlo entero:

“Arrastra España su existencia deleznable, cerrando los ojos al caminar del tiempo, evocando en obsesión perenne glorias añejas, figurándose siempre ser aquella patria que describe la Historia. Este país de obispos gordos, de generales tontos, de políticos usureros, enredadores y analfabetos, no quiere verse en estas yermas llanuras sin árboles, de suelo arenoso, en el que apenas si se destacan cabañas de barro, donde viven vida animal doce millones de gusanos, que doblan el cuerpo, al surcar la tierra con aquel arado, que importaron los árabes al conquistar Iberia; no se ve en esas provincias anchurosas, tan despobladas como estepas rusas; no se ve en esas fábricas catalanas, edificadas en el aire, sin materia prima, sin máquinas inventadas por nosotros, sostenida merced al artificio de protectores aranceles; no se ve en esas minas de Vizcaya, de donde salen toneladas de hierro, que pagan los ingleses a cuatro o cinco duros, para devolvérmolas en máquinas, cuyas toneladas pagamos nosotros en millares de pesetas; no se ve en esos vinos, que para que encuentren compradores han de filtrarse en los alambiques de Burdeos; no se ve en esas ciudades agonizantes, donde la necesidad ambiente aplasta a los contados espíritus que pretenden sustraerse a su influjo; no se ve en esas Universidades de profesores interinos; en ese Madrid hambriento; en esa prensa de palabras hueras; mírase siempre en la leyen-

da, donde se encuentra grande, y aprieta los párpados para no verse tan pequeña.”

Este texto podría analizarse en detalle a diversos niveles. Me voy a contentar con una sola observación. Llama la atención que, de toda la geografía y sociología española rememorada, sólo tres puntos merezcan nombre propio: Madrid, Cataluña y el País Vasco. El resto es desierto (¡provincia!), no tiene nombre. Se tiene la impresión de que desde la generación del 98 –y quizá todavía- cierta visión obsesiva y angustiada acaba en el fondo reduciendo España a tres puntos cardinales, de los que luego dos parecen jugar siempre el papel de un peligro y una amenaza (una Antiespaña, o una Antipatria, como dirá Maeztu), y uno la misión de Salvaespañas. Del resto, silencio.

De todos modos, hoy no nos interesa la visión de Maeztu como tal, sino cómo esta visión crítica ha estado determinada por la influencia nietzscheana. Si para Nietzsche Europa está enferma porque la moral de esclavos ha paralizado las voluntades, el mal de España tiene la misma causa, pues *“ha prevalecido, erigiéndose en directora y dominadora, la raza de los inútiles, de los ociosos, de los hombres de engaño y de discurso, sobre la de los hombres de acción, de pensamiento y de trabajo.”* Se ha dado así –dice Maeztu valiéndose siempre de expresiones nietzscheanas- *“una inversión de las tablas de valores sociales”* que ha conducido a la *“Parálisis progresiva”* de la vida nacional (título de un artículo que diagnostica en esos términos *“la enfermedad que padece España”*). No hay voluntad. Ni siquiera voluntad para querer curarse. Indiferente y abúlica, España prefiere dormitar eternamente tendida en el carrito de paralíticos. ¡Ay de quien quiera despertarla! ¡Felices los que duermen, desgraciados los que tratan de despertarlos!, dirá Mirande lleno de sarcasmo refiriéndose al pueblo vasco. Ambos repiten a Nietzsche).

¿Qué hacer? “En nuestra España despoblada, atrasada e ignorante, en nuestra nación envilecida por el sistema de las recomendaciones y el compadrazgo, que ha disuelto las más justas ambiciones y anulado los estímulos más nobles, así en la

política como en la ciencia y en las artes, así en el comercio como en la producción industrial y agrícola, ¿cómo ha de brotar espontáneamente gente nueva, capaz de llevar a feliz término la obra magna de nuestra regeneración?"

La nueva moral.- España no tiene más solución que la de una conversión radical, e.d., el abandono de todo lo que ha sido hasta ahora interiormente -sus principios, ideales- y la regeneración a base de una nueva filosofía de la vida. Maeztu no deja lugar a dudas. Esta nueva filosofía regeneradora es la de Nietzsche. Vicente Marrero, discípulo y biógrafo de Maeztu, escribe: *"El ambiente español estaba propicio para hablar de la inversión de los valores, de la moral de señores, de la moral de esclavos, del ideal de superhombre"*. Así es. *"Soy partidario de la moral de los fuertes"*, declara Maeztu sin tapujos. *"Estamos hartos de oír las letanías de los tullidos cuando van por la calle con su eterno: '... todos somos hermanos'. Basta, basta con la moral de los tullidos"*. *"Si en los pueblos sanos surge de propio impulso la moral de los fuertes, ésta a su vez conserva y agranda la salud de los pueblos."* El último capítulo, capítulo clave, de *"Hacia otra España"*, el primer libro de Maeztu, se titula emblemáticamente *"Contra la noción de la justicia"* y podría titularse: *"Contra todas las virtudes cristianas"*. Parece que todos deseáramos en el mundo un orden de respeto mutuo, de armonía, de justicia, entre individuos como entre Estados. Pero estos deseos nuestros se deben, según Maeztu, a *"filosofías infantiles"* y a un modo abstracto de ver las cosas. Ilusiones de almas doloridas y enfermizas. Atengámonos a la realidad. No debemos tratar de obedecer a la justicia, sino a la vida, al imperio de los hechos, único principio verdadero. La noción de la justicia no hace más que intoxicar la inteligencia. Es además contraria a la naturaleza; y en cuanto tal, estéril. De hecho es impotente para dominar las fuerzas reales que dominan el mundo. Lo que efectivamente muestra la realidad, la vida, los hechos, no tiene nada que ver con la justicia. Es el instinto de la vida el verdadero árbitro de nuestras acciones, encaminadas todas ellas a la satisfacción de nuestras necesidades. Quien se atiene a él, vence; quien se opone, acaba vencido. *"¡Buena está esa armonía -escribe Maeztu-, cuando, conforme al pensamiento del gran*

Nietzsche, cada minuto devora al precedente, cada vida es el resultado de infinitas muertes; y si de esa brutalidad suprema, de esa danza macabra de los seres pudiera inferirse alguna ley fundamental ¿sería la del asesinato?”

Es la ley de la vida, de la supervivencia. (No vamos a hablar de la influencia de Darwin en Maetzú, que se mezcla con la de Nietzsche). *“En las naciones jóvenes (...) la razón histórica apenas influye en sus resoluciones. En las naciones viejas ese espectro de los recuerdos suele ahogar los impulsos del instinto. Obran en nombre de su razón histórica y de su noción de la justicia.”*

España es una nación vieja. Si quiere vivir, tiene que liberarse del pensamiento tradicional, que encadena nuestra conducta, de *“las viejas fórmulas de nuestro saber especulativo”*, que anulan la fuerza y el dinamismo de la vida. *“Para pensar sobre las cosas hemos de remover incesantemente nuestro depósito de ideas recibidas”*. Ver las cosas como son, sin azucararlas con altas ideas. Dejar el pensamiento abstracto y dejarnos llevar por la fuerza del instinto y de la vida. Es el único modo de hacer grandes cosas. *“Lejos de efectuarse nuestra labor en frío requiere un estado de exaltación intensa, de convulsión frenética, de verdadera epilepsia”* Nuestros nuevos maestros deben ser pensadores como Max Stirner, Schopenhauer y, sobre todo, Nietzsche, quien *“compara la pequeñez de nuestros raciocinios con la grandeza del instinto, ‘ese Señor omnipotente y escondido que vive en nuestro cuerpo, que es nuestro cuerpo’ (...). Gracias a la labor de esos atletas del pensamiento el hombre vuelve a encontrarse solo frente a la bruta y ciega sucesión de hechos. Los valores sociales se invierten”*. La grandeza humana ya no reside en la resignación, en la resistencia contra la fatalidad, la humildad, el amor al débil y al enfermo. *“Esa grandeza es un espejismo; es negativa. Sólo produce el dolor y la muerte. El hombre, al contrario, ha de pesarse por el esfuerzo que coadyuva al dinamismo de las cosas.”*

El mundo es para los fuertes, no hay en él lugar para los débiles. Hasta qué extremo Maetzú tomaba en serio estas ideas

nietzscheanas, lo muestra una anécdota que cuenta Baroja. Paseando por la calle se encuentra con un mendigo que le pide limosna. Pero, en lugar de dársela, le contesta sin piedad, “*¡Cumple tu destino [el destino de los débiles] y muérete!*”, con dos o tres aforismos sobre la moral de los señores frente a la moral de los esclavos. Maeztu -nietzscheano armado de Malthus y Darwin, pensaba que “*gracias a la supresión de los débiles vamos a mejorar la raza*” española. Estaba convencido de que en sí “*la española es una raza sobria, fuerte, fecunda y sana*” a diferencia de “*las muchedumbres sajonas, ebrias y brutales, sosteniendo en fuerza de alcohol una vida de animalidad, dóciles al látigo del policía, pero desenfundadas en cuanto se les sueltan los grilletes*”. Los españoles, por el contrario, son un pueblo de caballeros. Como la española cuando besa, por supuesto, no hay mujer en el mundo. *Las nórdicas son* —escribe Maeztu, que tenía madre y tendrá esposa inglesas— “*de cuerpo seco y alma enjuta*”.

Maeztu cree que en este sentido “el desastre del 98” es una ocasión estupenda para la renovación moral de España, porque ya no puede sentirse atada a los viejos valores, que la han llevado al fracaso. “*Con la ruina de la España histórica, con el puntapié dado al derecho, con el naufragio de nuestras ilusiones nacionales, han desaparecido muchos de los tropiezos en los que hubiérase encaillado nuestro pensamiento*”. “*Y ahora veamos cómo ha de hacerse la otra España, la España de la producción y del trabajo.*”

Bilbao, el Superhombre económico.- Hemos visto más arriba que, según confesión del propio Maeztu, fueron la flojedad propia y la impresión causada por la potencia norteamericana frente a España, lo que le llevó a Nietzsche en busca de hombres superiores. Su hermana María lo recuerda de un modo un poco diferente. “*La sensación —escribe ésta— de la propia debilidad y de la debilidad española, en contraste con la riqueza y energía bilbaínas, orientan su espíritu hacia la lectura de escritores del norte: Ibsen, Sudermann y luego Nietzsche, predicadores de la fuerza*”. Aquí, en los orígenes nietzscheanos del joven Maeztu, en el lugar de la potencia norteamericana se encuentra Bilbao, donde aquel estaba empezando su labor de periodista, y la impresión que esa

ciudad industrial le produjo. Seguramente es la hermana quien mejor lo recuerda, porque la presencia de Nietzsche se detecta ya en los escritos bilbainos de Maeztu. Y ésta va de la mano con su entusiasmo declarado *“por la heroica nobleza con que los hijos de esta férrea tierra han aceptado la ley ineludible del trabajo. Si Bilbao nos obliga a admirarlo, no incurramos en la vulgaridad superficial de hacerlo meramente por el poderío material que nos muestra. Admirémosle aún más por la fuerza moral que nos oculta”*. El primer Maeztu espera la regeneración nacional a través de la ciencia y el progreso económico. *“Mueve mi pluma el dolor de que mi patria sea chica y esté muerta, y el furioso anhelo de que viva y se agrande haciendo más intensa su actividad en las faenas materiales y en las labores de la inteligencia”*. El joven Maeztu -como Unamuno-, espera que Vasconia y Cataluña, e. d., las economías vasca y catalana invadan la meseta (*“un páramo horrible poblado por gentes cuya cualidad característica es el odio al agua y al árbol”*), la despierten, la conquisten y colonicen, la regeneren con su espíritu laborioso (*“La meseta castellana”*). Más tarde Unamuno seguirá repitiendo estas ideas, aun cuando ya no tengan mucho sentido en él, porque la regeneración unamuniana se habrá espiritualizado y mistificado. Maeztu, siempre europeizador, será más coherente y realista (no hace falta decir que coherencia y realismo nunca han sido el fuerte de Unamuno). La proposición de Maeztu del Japón como modelo resultará inaceptable para Unamuno, lo que llevará a los dos a una seria polémica sobre el papel de los intelectuales, del individualismo y de la organización social, del trabajo.

Sorprendentemente el nuevo hombre, el superhombre de Maeztu, es el capitán empresarial. La nueva moral, la capacidad emprendedora sin temores ni escrúpulos. La fuerza que nos salvará, el dinero. *“Cuando sobre la espada del militar, sobre la cruz del religioso y sobre la balanza del juez [España]⁽¹⁾, ha triunfado el dinero [EE.UU.] es porque entraña una fuerza superior, una grandeza más intensa que ninguno de esos otros arte-*

(1) España fue durante los siglos XVI y XVII un pueblo de soldados, misioneros y juristas: trilogía que suele repetirse en Maeztu y que resume su idea de la España imperial, cfr. “Defensa de la Hispanidad” Valladolid 1938. [orig. 1934], 268.

factos. ¡Torpe quien no lo vea! Cantemos al oro; el oro vil transformará la amarillenta y seca faz de nuestro suelo en juvenil semblante: ¡el oro vil irá haciendo la otra España!” se lee al final del libro de ese título. En la nueva moral el dinero es bueno, “oro santo” -dice Maeztu-; y es bueno porque es poder. “Sin dinero, mejor dicho, sin poder, no hay bondad efectiva, sino meramente buena voluntad o buenas intenciones.” Lógicamente, Buda, Sócrates, Jesús de Nazaret, -concluiremos nosotros-, no son buenos sino, a lo sumo, buenas intenciones; pero otro tanto habrá que decir también de Ibsen o de Nietzsche mismo.

De ser rigurosos habría que reconocer que todo esto supone una metamorfosis o, francamente, una falsificación completa del superhombre de Nietzsche. Pero ese no es nuestro tema ahora. El caso es que Nietzsche, entendido a su manera, es el pilar fundamental del pensamiento de Maeztu. Como escribe Javier Varela: “El ‘gran Nietzsche’ era nada menos que el Redentor, puesto a menudo en lugar del religioso. La modernidad social aparecerá a menudo traducida a términos nietzscheanos como ‘inversión de las tablas de valores’. El empresario capitalista será el superhombre del futuro, y él, Maeztu, el Zaratustra que lo anuncia. Es un Nietzsche, qué duda cabe, muy mezclado con las ideas del darwinismo social. La admiración por la fuerza, la tendencia a ver el conflicto y la guerra como la prueba definitiva de las sociedades, la categoría un tanto equívoca de ‘vida’, todo eso lo deberá Maeztu a Nietzsche”.

2.- Elogio de la violencia y de la guerra

“Se ha renunciado a la vida grande cuando se ha renunciado a la guerra”, escribe Nietzsche en “El Crepúsculo de los ídolos”. Los espíritus apocados, pusilánimes, aman la “paz del alma”; e. d., temen la guerra. Temen la fuerza, la violencia. Temen el riesgo y la grandeza. Pero con esos espíritus nada grande se puede hacer. Son animales degenerados. “Somos animales -escribe Maeztu siguiendo a Nietzsche- y necesitamos seguir siendo animales y buenos animales, magníficos ani-

males a ser posible, para ser hombres de cultura. Perdida la animalidad por afeminamiento, o por ascetismo religioso, o por exceso de intelectualismo, o por pacifismo [Maeztu se ha manifestado repetidas veces contra los pacifistas], que de todo hay ejemplos en la historia, se pierde también la cultura. – La cultura no puede, por tanto, prescindir del espíritu animal, de defensa y de presa, como no puede prescindir del comer y del coito. Lo que ha hecho con el comer y con el coito es ponerles manteles al primero y sacramentos, sentimientos y literatura al segundo. Eso mismo ha de hacerse, y se hace, con el espíritu militar; pero olvidarse de su carácter básico es suicidar la cultura, como la han suicidado las razas antimilitaristas, como los bengaleses y los fallahs egipcios, razas también ineptas para la cultura mientras sigan siendo pacifistas”. Desde el punto de vista del débil la guerra es horrible. Desde el punto de vista del fuerte la guerra es una prueba.

En primer lugar, la guerra fortalece a los fuertes. *“La guerra es un tónico para los nervios debilitados de las razas sedentarias. Es el aprendizaje más fuerte para hacerse hombre de voluntad.”* Por otro lado, la guerra prueba a los pueblos, condenando a los débiles a desaparecer y dejando sobrevivir solamente a los más fuertes ante el tribunal de la historia. *“La guerra es hambre, frío, marchas forzadas, casas incendiadas, mujeres en llanto, miembros mutilados, vidas, tal vez fecundas, segadas en flor. Pero la guerra es también el tribunal donde se juzga el valor de las civilizaciones y de los pueblos de un modo más completo. No se contenta, como la Historia, con escribir la sustancia, sino que la escribe y la ejecuta. No examina a los pueblos sólo desde un aspecto, como tiende a hacerlo el historiador, tanto más unilateral generalmente cuanto más sistemático, sino que los escruta en forma omnímoda y descubre como virtud o vicio sus rasgos dominantes. Sólo ante los ojos de la guerra se desnudan los pueblos”.*

Para Maeztu la guerra es también el medio y el camino para ascender a las esferas superiores de cultura, de espiritualidad. La madre de todas las grandes civilizaciones ha sido la guerra. *“La guerra de Troya fue un rodeo que se tomó la capri-*

chosa Naturaleza para producir la Ilíada". (Diez años de guerra y muertes justificados por un poema). La guerra ha sido también la madre de la grandeza de España. Ya el joven Maeztu siente admiración por la España de los conquistadores, "guerrera y heroica"; aunque, por otro lado, le atrae el espíritu moderno, positivista, que prefiere el desarrollo comercial pacífico. En este titubeo entre las dos tendencias, parece haber acabado entendiendo el espíritu empresarial -violento, sin escrúpulos- como una variante moderna del viejo espíritu guerrero, conquistador. Ambas realizan "la obra de la vida". Y lo mismo que antaño Aquiles, hoy Bilbao producirá su Homero. "Así -dice refiriéndose al desarrollo industrial de Bilbao-, podemos considerar la red ferroviaria y el hormiguo de fábricas como un pedestal sobre el que se yerga una generación de artistas. Sobre las cimas de las chimeneas vibrará la lira del poeta y vibrará desde lo alto... Ayuden a la obra de la vida los que la hubieren comprendido. Así se acercará el advenimiento del apogeo artístico, fase última y suprema de toda civilización." Frase que hay que tomar junto con aquella otra, también muy suya: "El Ejército es... la civilización". Porque el Ejército es -explica Maeztu-, jerarquía, disciplina, poder. Como la empresa moderna, bien jerarquizada y disciplinada, con el capitán al frente, dispuesta a la conquista.

Jerarquía y poder. De modo similar a la sociedad de individuos, entre los pueblos y naciones del mundo hay también un orden, y son las razas dominadoras las que establecen la jerarquía. No todas las naciones pueden -e.d., valen- lo mismo. La visión de un universo bien jerarquizado, no sólo en el orden moral, sino también política, militar y culturalmente, parece ser tan fundamental en Maeztu que llegará hasta el mismo concepto de la nación (*Defensa de la Hispanidad*, 1934). Nación o patria "es un concepto gradual". No todas las patrias son iguales: el mundo está hecho de patrias, pero, como en la metafísica Gran Cadena del Ser, "unas patrias son más patrias que las otras". Así como el ser humano se compone de cuerpo y alma, y al alma corresponde más realidad que al cuerpo, las naciones -dice Maeztu-, constan de elementos materiales ("ónticos", en su lenguaje pseudotécnico), la tierra y la raza, y de elementos

espirituales o valores. Es un error del hombre común pensar que “todas las patrias son iguales” y que “todos los hombres han de querer o pueden querer con el mismo cariño su tierra o su raza o su tradición.” Hay amores más altos y más bajos a la patria: pero no porque haya amores altos y bajos, sino porque –así lo explica Maeztu- hay patrias que son –en sí mismas- más merecedoras de amor y estima que otras. Nacionalismos como el vasco o el catalán son de condición baja, porque en ellos prima el amor a lo material, (la tierra, la raza); en cambio en el nacionalismo español prevalece el amor a los altos valores del espíritu. Pero aún entre los nacionalismos referidos a los valores espirituales, no se puede aceptar que el nacionalismo de un bosquimano sea considerado del mismo nivel y tan respetable como el de un francés o un alemán. *“Todos sabemos que las naciones son desiguales (...) en su mismo ser”*. Como unos hombres son superiores a otros por naturaleza, y unos pocos son los óptimos, unas patrias son más excelsas que otras y unas pocas las escogidas. El cabileño o el turquestánico que aman a su patria aman unos valores inferiores (una patria inferior) si los comparamos con el inglés o el italiano que aman la suya, porque la patria de éstos encarna –a los ojos de Maeztu-, valores muy superiores. Nunca se explicita qué valores superiores en concreto son éstos. Sólo se afirma y reafirma el principio de que el patriotismo espiritual es superior al material; y lo es tanto más, cuanto más excelsa la patria; y tanto más excelsa la patria, cuanto más altos valores encarna. Tampoco sabemos cómo las patrias encarnan cada una unos determinados valores y lo hacen en orden jerárquico, pero dejemos eso. ¿Cómo han venido unas patrias a encarnar tan altos valores y otras no? Aquí Maeztu hace intervenir al poder a modo de un Dios-Providencia, donde la fuerza –la guerra- aparece como la Justicia de la Historia, que ordena el progreso de la humanidad. En principio cualquier cantón puede tener voluntad de constituirse como nación y Vitigudino puede proclamar su independencia, ironiza Maeztu. Pero la Historia sabe realizar la selección natural conveniente (según el principio de que *“la Historia Universal es el Juicio Universal”* y *“sólo se mantienen las nacionalidades que pueden defenderse contra la ambición de sus vecinos, que también suelen ser las que encarnan algún valor de Historia Uni-*

versal cuya conservación interesa al conjunto de la humanidad". No hay, pues, altos valores —que pudieran interesar a toda la humanidad— de los pequeños y débiles. Tales altos valores siempre van asociados a la fuerza (victoriosa). Así las naciones fuertes y victoriosas son las que representan los más altos valores de la humanidad...

No debemos olvidar que en toda esta filosofía de la fuerza Maeztu no está solo. Salaverría, Baroja, Basterra, etc., han elogiado igualmente la guerra, la fuerza, la ruptura de todos los diques de contención de la conciencia para devenir individuos fuertes. Para todos ellos la violencia es virtud que despierta y levanta a la sociedad, donde el hombre aprende a superarse a sí mismo. Recuerden el elogio de la guerra en *"El sentimiento trágico de la vida"* de Unamuno; o en *"César o nada"*, novela barojiana que medita precisamente la decadencia española. *"Destruir es crear"*, dice Baroja. *"Yo mantengo que el espíritu militar o guerrero será siempre, eternamente, una virtud"*, ha escrito Maeztu. Maeztu no consideraba negativa una guerra civil, e incluso desdeñaba a quienes se conducían con prudencia tratando de evitarla durante la República. *"Yo mantengo que el espíritu militar o guerrero será siempre, eternamente, una virtud"*, ha escrito. (No estará mal que de vez en cuando recordemos un poco de qué culto de la fuerza y de la violencia venimos).

La grandeza de la guerra está naturalmente en la victoria, en la conquista, el dominio. Pero cuando en Cuba ya el fin es inminente *"sumido en un anonadamiento sombrío y desesperado"*, —según nos confiesa él mismo— Maeztu no puede dejar de cantar la grandeza de la derrota numantina: *"Si las fuerzas ignoradas que rigen los destinos de los pueblos han condenado al nuestro a perder una tras otra sus colonias en el siglo que expira, si la Historia expansiva y conquistadora de nuestra patria ha de acabarse con la centuria; si los cañones yanquis han de borrar el plus ultra de nuestra raza, quiero, al menos, como español y como artista, que nuestra caída sea bella; quiero al menos que si no hemos sabido decir 'sí' a la vida,*

sepamos decírselo a la muerte, haciéndola gloriosa, digna de España.”

[**Nota sobre la raza.** Estamos oyendo aquí una y otra vez hablar de raza y quizá nos escandalice un poco. La verdad es que en los últimos tiempos sólo encontramos este vocablo en contextos polémicos, y ello regularmente. No he investigado especialmente el tema, pero cualquier lector descubre que la expresión es muy común -no siempre de buen gusto- en los escritores de finales del s. XIX y primera mitad del XX. Pereda no canta menos las alabanzas de la raza cántabra que Arana de la raza vasca. Rubén Darío ensalzaba las “*ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda*” que tuvimos que aprender de memoria en la escuela. Ha sido el “liberal” Unamuno quien ha definido lo vasco esencialmente en términos de raza (no de lengua o cultura; lo cual, por una vez era coherente con su teoría de la lengua), antes y más radicalmente que Arana Goiri. Vemos que Salaverría, Baroja, Azorín, Machado, Bastera, etc., todos escriben con la mayor naturalidad de raza vasca y raza española; por no citar, por ej., Castelar, Cánovas y compañía, que también lo hacen sin remilgos, y a veces diciendo bastantes barbaridades. Igual hace Macías Picabea: las diversas cualidades de la “*raza española*” —éstas provocan, naturalmente, “*la admiración de los demás pueblos*”— configuran “*el genio*” nacional y “*en ellos se encierra virtualmente toda su historia*”. (¿Quién dijo esencialismo vasco?). Nada se diga del Cardenal Gomá, Arzobispo de Toledo. Ortega y Gasset —pensarán— es más estricto, más “moderno”: el lector que lo lea se sorprenderá con qué facilidad fluye de su pluma este concepto. Maeztu deploraba la decadencia de la raza española. Pero su biógrafo Vicente Marrero, todavía a mediados de los años 50, desvanecía todo temor de sus lectores. “*Una raza como la española es siempre una raza, por mucho que sufra el azote de la decadencia*”. No hace falta decir que Nietzsche, apóstol de la “*limpieza racial*”, habla de razas a cada paso. O sea: quizá nuestros antecesores no fueron los pensadores que hoy nos gustaría que hubieran sido, pero ello no es motivo para que nosotros juguemos a

escandalizados - sobre todo si queremos escandalizarnos con unos sí, con otros no.] Sigamos.

Al fin este espíritu militar acabará adueñándose del todo de la conciencia política de Maeztu. El siempre ha tendido –muy nietzscheanamente- al aristocratismo. El tema de su preocupación han sido las élites, los que han de ser los salvadores. Ha mostrado el desprecio más olímpico del pueblo llano. A sus ojos el pueblo es siempre niño, demasiado estúpido para saber lo que quiere, no sólo lo que le conviene. Pero aristocratismo no es militarismo. En 1923 Maeztu apoyará con toda fe la Dictadura de Primo de Rivera. Su pensamiento tiende cada vez más a soluciones de fuerza, a fórmulas autoritarias. Maeztu nunca ha creído que la regeneración de España, tan deseada, pudiera ser obra de los políticos. A través de los años ha esperado la regeneración del impacto de la derrota misma, del empuje de los empresarios, del esfuerzo cultural de unas élites agresivas. Ha ido esperando y desesperando. Y, al final, parece cifrar sus únicas esperanzas en el Ejército. Siete meses antes de la dictadura había dejado escrito: *“Quizá me engañe, pero se me figura que si el mundo se arregla lo tendrán que arreglar los militares (...). Solía decir a mis amigos, hace diez o doce años, que yo no confiaba la salvación de España sino a la posibilidad de que les ocurriese salvarla a 49 capitanes. Un grupo de hombres que comiencen por disciplinarse y se adueñen, para empezar, de su propia alma y de su propio cuerpo, que vivan en el mundo, que manden en el mundo, que posean las armas, que sean el ejemplo, que rechacen de su seno a los incapaces de someterse a la misma disciplina material y moral. No soñemos, Señor, no soñemos. Pero todos los pueblos son cera para un puñado de hombres que sean a la vez buenos y duros”. “Haceos duros” son precisamente las últimas palabras –como recordareis-, del “Crepúsculo de los ídolos”, primer mandamiento de la nueva tabla de Zaratustra. “Los creadores son duros, en efecto. Y una bienaventuranza tiene que pareceros el imprimir vuestra mano sobre milenios como si fuesen cera.”*

[**Nueva nota sobre el Maeztu bárbaro.** Se suele hablar mucho del temperamento y de las “barbaridades” de Maeztu.

Dejando el anecdotario, de hecho sus expresiones son a veces bastante violentas. Decía, por ej., que se deberían desmontar una a una todas las piedras de la catedral de Vitoria, para arrojarlas a la cabeza de los alaveses. Pero no sólo sus palabras eran destempladas. Las tertulias literarias de Maeztu acabaron más de una vez a puñetazos o a bastonazos. Opinar de otro modo que Maeztu podía ser peligroso. Una vez un periodista de la competencia –por decirlo de algún modo- se burló en su periódico de Valle Inclán, a quien Maeztu tenía en gran estima. Dos o tres noches más tarde, iban paseando por la calle Maeztu, Baroja y Valle Inclán, cuando ven venir a un hermano de aquel periodista. Aunque éste era un dibujante, no escritor, y nada tenía que ver con el asunto, sin otra culpa que la de ser hermano del autor de la crítica, al llegar al par de ellos –nos cuenta Baroja-, Maeztu se le acerca y sin decir palabra, le da un garrotazo en la cabeza que lo deja tumbado. El golpe tuvo consecuencias, pues el agredido pasó más de un mes en la cama. A Maeztu le valió un proceso, y como la cosa se ponía mal se marchó a Inglaterra. “*Somos raza de nervios irritados*”, decía Maeztu.

3.- Crítica de la prensa

Alguien se preguntará qué tiene que ver un filósofo con la prensa. Pues verán. Si Nietzsche y los nietzscheanos desprecian algo en grado máximo es “*el hombre de rebaño*”. Y un representante típico de ese hombre de rebaño es el lector de periódico. La lectura diaria del periódico forma parte de la fabricación moderna del hombre “normal”, e. d., desindividualizado, mecanizado, que piensa sólo lo que debe pensar y es un ciudadano perfecto. El don Nadie. Si quieren gozar de una crítica nietzscheana del borrego moderno, lector de periódico, les recomendaría el ensayo de Eduardo Gil Bera *¡O Tempora! ¡O Mores!* (1989), especialmente las últimas páginas. Gil Bera es uno de los ensayistas vascos más interesantes del momento y también en él la presencia de Nietzsche es más que notable.

Maeztu, periodista él mismo, ha vivido su profesión con una mezcla de desdén, muy nietzscheano, de la prensa, por un lado, y por otro, pasión por regenerarla, elevarla. Tiene un altísimo concepto de la misión de la prensa. *“(...) A la prensa corresponde, si no la dirección suprema de los pueblos, función de los creadores de ideas, de los intelectuales puros, abstractos, andróginos, al menos la orientación inmediata de la vida colectiva, mediante la transformación de los productos ideológicos del intelectualismo, en ideales eficientes, carne y sangre de un pueblo”*. Piensa que en Francia, por ejemplo, los intelectuales y la prensa cumplen efectivamente tal misión; que en los momentos más críticos, han sido ellos quienes han salvado la patria. En cambio, la prensa española -éste es el calvario de Maeztu- parece no haber entendido cual es su tarea. No sólo no ayuda a la regeneración nacional, sino que es uno de los principales factores de su decaimiento, efecto y causa a la vez de la mediocridad y miseria españolas. Las críticas de Maeztu a la prensa se prolongan de los primeros a los últimos escritos de su vida profesional.

Maeztu tenía una especial relación personal con Cuba. Hijo de cubano, había vivido allí en su juventud, conocía Cuba muy bien. Al estallar la guerra ha comprendido rápidamente el absurdo de toda la política española con la isla. Aquí nos interesa sobre todo su crítica de la prensa, a la que acusa insistentemente de total incumplimiento de su deber, que es informar. Incumplimiento que considera incluso una de las causas de la guerra por no haber dado a conocer *“los motivos reales de las primeras insurrecciones, ni su alcance, ni las causas efectivas que iban haciendo estéril la sangría del continuo envío de expedicionarios para tratar de reducirlas.”* La prensa debe averiguar, analizar, informar. Y es exactamente lo que, en opinión de Maeztu, no hace. *“La prensa debió suplir, con informaciones concienzudas, la ignorancia de nuestras clases gobernantes, formadas por leguleyos y oradores, respecto de las fuerzas navales de la República norteamericana y de las causas determinantes de las insurrecciones coloniales. – No lo hicimos...”* La prensa española -una prensa que, según Maeztu, se dedica a engañar a un público que quiere ser engañado-, sólo se ocupa en dar gusto

a los gobernantes y hacer campañas fanáticas y fanatizadoras. Maeztu habla de “*el delito, el crimen de la prensa*” y llega a escribir: “*La prensa madrileña nos lanzó a la guerra con los Estados Unidos*”. Y otra vez: “*En verdad que la prensa es a ratos odiosa. Ella ha precipitado la actual guerra. Es un vampiro que engorda de las catástrofes.*” En fin de cuentas, para la prensa la guerra es un negocio. “*¡Cuando todo se haya hundido, tú te erguirás en los escombros, arrojando, como Júpiter, rayos, inculpaciones y responsabilidades sobre los supervivientes... y los últimos ahorros de las madres, anhelosas de conocer el género de muerte de sus hijos, esas últimas monedas de cobre, entrarán en tus arcas!*”

Una vez terminada la guerra Maeztu vuelve a analizar el papel jugado por la prensa en “el desastre”. Los periódicos –dice- no han hecho sino alardear de exaltación y patriotismo y han cegado a sus lectores. Con absoluto desconocimiento de causa, no han mostrado más que desprecio para los insurrectos cubanos, “desagradecidos”, que no habrían recibido de la Madre Patria más que favores. Sólo burlas para los norteamericanos, buenos sólo en tema de dinero y de tocino, no en guerras. (El mismo Maeztu no ha estado libre de estos tonos: “*no sé qué nos arredra, ni sé que nos detiene... ellos tendrán dinero y barcos, si no tienen más corazón y más nobleza, aún les falta mucho para que lleguen a ser nuestros iguales...*” Aunque inmediatamente se cuestiona: “*pero, ¿es tan fuerte el corazón como la coraza de un buen crucero?*”). Los periódicos –sigue criticando Maeztu- no han hecho sino fanfarronear, azucar constantemente el más rabioso nacionalismo, rememorando hoy las hazañas del Cid, loando mañana a los intrépidos descendientes de los héroes del Dos de Mayo, convirtiendo un mal general en un nuevo Alejandro, y a los pobres soldados que morían de malaria en nuevos valientes de Covadonga. Un teatro en el que todos los periódicos compiten reviviendo el concepto calderoniano del honor... “*En lugar de estudiar seriamente la causa de las guerras coloniales y sus remedios menos costosos, como era nuestro deber, nos hemos salido con el repertorio de las frases sonoras: integridad, más empréstitos, derramemos hasta la última gota de sangre... Eso era más cómodo que pensar maduramente, sobre*

todo para decirlo desde la sala de una redacción". Cuando algún periódico independiente se ha atrevido una vez a hacer una propuesta racional de solución, sugiriendo una fórmula de cierta autonomía para la isla, todos los otros periódicos de Madrid -*"que ofician de patriotas"*, dice Maeztu-, se le han echado encima y lo han injuriado y denigrado, hasta obligarlo a callar. *"Prensa omnipotente, señora del mundo, tú que dispones de la paz y de la guerra, tú que posees, como Dios, el don de cegar a los pueblos a quienes perder quieres...¡"* exclama desesperado.

Viene luego la "cuestión regionalista" y, según Maeztu, la historia se ha vuelto a repetir: en lugar de analizar las causas, los periódicos -*"empuñando el estro belicoso"*- declaran loco a Sabino Arana; y para ellos queda resuelto el problema... *"Con la elección del separatista Arana como diputado provincial por Bilbao, y con las demandas de autonomía de los catalanes, ha surgido -y con escándalo- la tremenda cuestión regionalista. Sin esa elección y sin esas demandas, aún no se daría por enterada nuestra prensa... ¿De qué se quejan catalanes y mallorquines, navarros y vascongados? ¿Por qué piden la autonomía? ¿Por qué hay algunos que llegan a anhelar la independencia? (...) No falta materia en esas preguntas para que ejerzan útilmente sus actividades corresponsales y reporteros, articulistas y colaboradores técnicos. Los diarios madrileños han salido del paso ocupándose de la salud mental de Arana..."* Por el contrario, al menos a nivel personal, y aun rechazando sus ideas, todavía años más tarde, de todos los políticos españoles de ese período Maeztu salva únicamente a dos, como idealistas y honrados: Pablo Iglesias y Sabino Arana.

Finalmente, durante la República, ya Presidente de Acción Española, Maeztu será él mismo víctima de esa conducta de la Prensa. La prepotencia de las organizaciones de izquierda se manifestó esos años en repetidos atropellos contra las derechas (Maeztu lo llama *"el terror pardo"*), asaltando sus centros, reventando conferencias o mítines, quemando conventos, atemorizando a sus simpatizantes, presionando sobre industriales para que no insertaran anuncios en su prensa, etc. *"De estas cosas y otras análogas no se escribe apenas en los*

diarios. Algún día tendrán que recordarse con todo detalle. Pero el hecho es que no se ha dicho apenas. Nadie ha publicado todo lo que sabía. Nadie ha dicho en público todo lo que pensaba.”

Maeztu reprueba *“esa prensa [española] que sólo cuida de halagar al público, cultivando y endureciendo sus prejuicios.”* De todos los que llenan a diario las páginas de los periódicos madrileños, al 90% -llega a decir Maeztu-, le importa un bledo el trabajo de información como tal. Este no es para ellos más que un camino para llegar cuanto antes *“a la estación”*, que es el enchufe, la recompensa de un marqués, la protección de un político; o, con algo más de suerte, la gobernación de una provincia, tal vez una cartera. Si alguna vez estos escritores invocan y defienden fogosamente grandes intereses nacionales, se puede estar seguro de que debajo ocultan pequeños intereses privados. Los periódicos están llenos de oportunistas que utilizan el periódico al servicio de su patrón o para hacer su propia carrera personal, *“dando estratégicamente coba, para ‘acabar’ en la gobernación de una provincia, mientras sus compañeros, los escritores de valía, a vuelta de una lucha penosa por conservar su independencia, andan solicitando credenciales de dos mil pesetas.”* Prensa llena de intereses e intrigas, mentiras y medias verdades, difamaciones. *“Nosotros, españoles, tenemos plena experiencia de lo que significa el régimen de la calumnia impune.”*

Maeztu denuncia especialmente la coalición de los políticos y la prensa, que acaba corrompiendo ésta al servicio de fines bastardos. Tampoco en esto andaba solo. He aquí una cita de Baroja relativa a aquella época: *“Había una oligarquía de políticos, oligarquía de apetitos, de petulancia y, sobre todo, de vanidad, que miraba al Estado como una finca. Esta oligarquía, entronizada por la Restauración y la Regencia, favorecida probablemente en las altas esferas, cantada por periodistas mediocres que se creían geniales..”.* También Unamuno es severo con la prensa. Durante la guerra de Cuba ha acusado muchas veces la *“prensa de la mentira”*, la *“patriotería hipócrita”*, *“la patriotería nacionalista burguesa”*, el fanatismo de los periódicos españoles. En *Paz en la guerra* puede verse la reiterada

denuncia del sectarismo de la prensa en la última guerra carlista: *“un inmenso clamoreo de odio”*, dice Unamuno, se extendió por toda la península. *“Pedían muchos que se arrasara a sangre y fuego el País Vasco, que se acabase de una vez con aquella casta levantisca.”* (Recordemos que en ese clima han surgido en Vizcaya las organizaciones socialistas, nacionalistas, etc. que llegan hasta nosotros). Algunos años más tarde, en *En torno al casticismo*, recordando la citada novela, nos cuenta cómo él mismo vino a ser víctima de aquel furor patriótico: *“(…) quise expresar lo que había visto de la vida íntima del pueblo que en aquellos sucesos se manifestó. Y no faltó quien me llamara carlista porque en vez de estrumpear en imprecaciones y maldiciones contra los partidarios de Carlos VII y hablar de los crímenes del carlismo y otras majaderías de la misma frasca, me propuse ver y hacer ver serenamente lo que el carlismo encierra en sus redaños”*. Hablando del marasmo en que la sociedad española está sumida, considera la prensa como *“espejo verdadero, espejo de nuestro achatamiento, de nuestra caza al destino, espejo de nuestra doblez, de nuestra rutina y ramplonería”*.

4.- El Nietzsche del último Maeztu.

Sobre el último Maeztu escribe José Luis Abellán: *“En sus últimos años Maeztu ha pasado de propugnar una revolución económica que regeneraría España a la reivindicación de la España del s. XVI., misionera, conquistadora e imperial, e. d., un catolicismo de voluntad de poder, adoptando como modelo a Hitler y la nueva Alemania nazi.”*

Maeztu encontrará la muerte -sus seguidores dirán “martirio”, su hermana María habla incluso de “crucifixión”- en octubre de 1936, fusilado por los rojos en circunstancias desconocidas. Ya se sabe que la noticia de la muerte de su hermano causó una profunda turbación a María de Maeztu. En un escrito de 1946 ésta nos presenta a su hermano -en un tono muy

propio de aquella época- completando la galería de los héroes nacionales:

“España ha dado en Don Quijote, en Iñigo de Loyola y en Teresa de Cepeda y Ahumada, ejemplares magníficos de esa raza ibera, mística y apasionada, para quien la vida es riesgo y ventura -combate que no hay quien mejor lo gane que el que lo da por perdido-. A esa especie de seres elegidos cuyo destino singular consiste en decir su mensaje, cueste lo que cueste, perteneció Ramiro de Maeztu”. Si se analiza un poco este texto, profundamente cristiano y piadoso en apariencia, se verá que está lleno de motivos nietzscheanos: la vida como aventura, el destino del héroe singular, el amor al riesgo, el canto a la pasión, los magníficos ejemplares animales de una raza, la raza ibera, etc. (Recordarán que eso de *“magnífico animal”* Ortega y Gasset lo emplea para caracterizar -siguiendo al común maestro Nietzsche- a gente como César, Napoleón, Mirabeau, que no destacan por sus virtudes cristianas). María habla el lenguaje de su hermano. La verdadera fe de Maeztu ha sido siempre la fuerza, el poder. Y ésta ha sido -al menos en sus escritos- su oración más profunda: *“¡Danos, Señor, la fuerza, la vida, el poder, la victoria!”*, que se encuentra en su *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*. Sobejano tiene razón: *“Entre el hombre omnipotente o sobrehombre mesiánico postulado en 1898 y el Caballero de la Hispanidad proyectado en los años de la Segunda República hay menos diferencias de las aparentes: se trata de un mantenido modelo de superación humana, trasunto menor y más concreto del superhombre nietzscheano”.*

Maeztu ha sido y se ha confesado siempre nietzscheano. Pero, ya “converso” (a algunos les molesta este término, porque no habría perdido nunca la fe; pero el término es usado por él mismo), hará una lectura muy personal de su propio pasado, en particular de la filosofía de Nietzsche, que había profesado con fervor desde su juventud bilbaína. (Hará también una lectura tan personal como desquiciada de Kant y de los conceptos puros a priori, pruebas irrefutables, en su opinión, de la realidad absoluta del espíritu y de su primado sobre la materia, cfr. *Defensa del espíritu*, 1958. De Kant no ha entendido ni letra). Nietzsche, según le parece ahora, *“a pesar de su Anticristo, es*

un cristiano, uno de los pocos cristianos de estos tiempos. Lo que Nietzsche nos enseña es lo mismo que la Iglesia nos viene diciendo siempre. Hay que superar al hombre, al pecador, en cada uno de nosotros.” Ya era sorprendente la interpretación del superhombre como capitán de empresa. Ahora no lo es menos un Nietzsche entendido como una especie de San Juan Bautista. En las *“Razones de una conversión”* confiesa Maeztu: *“Yo debo a Nietzsche mi alejamiento de los utopistas y mi convicción de que es preciso para que los hombres se perfeccionen, que se sientan de nuevo pecadores, como en los siglos de más fe. Esta consecuencia de las doctrinas de Nietzsche no ha llamado tanto la atención como su odio al cristianismo y su concepción del superhombre, pero creo que, andando el tiempo, será Nietzsche considerado como uno de los precursores del retorno de los intelectuales a la Iglesia, y merecerá este honor por haber sido el pensador moderno que con más elocuencia ha enseñado a las gentes a desconfiar de sí mismas”.*

JON MIRANDE

Mirande, por el contrario, muestra -siguiendo a Nietzsche- el repudio más total y absoluto del cristianismo bajo cualquiera de sus formas religiosas, morales, culturales o políticas. Para resumir su postura: Mirande ve en el cristianismo el responsable del “desastre” político de los vascos; y ello no sólo desde la guerra civil llamada Cruzada, sino ya desde la Edad Media, desde la conquista de Alava, y en especial, desde la ocupación castellana del Reino de Navarra con todas las bendiciones de la Iglesia. Más profundamente, Mirande ve en el cristianismo la causa del “desastre” espiritual de los vascos, porque considera el cristianismo incompatible con el espíritu vasco original, con las raíces y tradiciones culturales vascas. Lo considera causa, en consecuencia, del debilitamiento del antiguo carácter nacional, rebelde y batallador, amante feroz de su libertad. Moralmente, el cristianismo dominante en Euskadi ha convertido a los vascos, de un pueblo de lobos indómitos que eran, en un rebaño de mansas ovejas democristianas, vulgares y conformistas. Mirande propone, por todo ello, el abandono del cristianismo y la restauración del paganismo primitivo, libre de todas las ataduras morales y dogmáticas. Vamos a examinar los puntos principales brevemente.

Mirande (1925-1972), nacido en París, hijo de padres vascos de Zuberoa, ha empezado a escribir después de la guerra civil. Koldo Mitxelena destacaba su amplísima cultura y su asombroso conocimiento de lenguas: hablaba perfectamente -además del euskara, se entiende- francés, alemán, español, inglés, ruso, holandés, y todas las lenguas célticas (gaélico, irlandés, bretón, etc.). Leía sin dificultad el italiano, catalán, etc. además del latín y griego, e incluso el gótico antiguo. Mirande ha leído y conocido a Nietzsche en el original -del que ha hecho algunas traducciones al euskara-, no a través de versiones parciales o comentarios franceses, como lo han conocido casi todos los nietzscheanos españoles, incluido el joven Maeztu.

De historia vasca.- La filosofía nietzscheana (y spengleriana) de la decadencia occidental le ha permitido leer la histo-

ría vasca, más que en términos militares o políticos de invasiones y derrotas, en términos culturales y morales, interpretando el “desastre” vasco en el sentido de la “decadencia” nietzscheana. En su historia, Euskal Herria se nos aparece como un pequeño pueblo asediado por tres grandes enemigos, que son Francia, España y la Iglesia Católica. En el fondo, en la perspectiva de Mirande, la Francia cristianísima y la católica España, que históricamente han sido obra de la Iglesia, actualmente no son otra cosa que su manifestación política (para Mirande el espíritu democrático, los Derechos Humanos, las prédicas de paz, etc., no son más que cristianismo camuflado). ¿De dónde viene nuestra decadencia?, se pregunta Mirande. Los reyes de España y Francia han mostrado siempre el máximo interés en que los vascos fuéramos muy buenos y piadosos cristianos. Muy interesados, primero, en evangelizar Euskal Herria, que se ha mantenido pagana hasta muy tarde. Luego la han conquistado con la excusa de la herejía. Han seguido cristianizándola hasta los tuétanos por todos los medios, de la predicación persistente a la hoguera de las brujas, que Mirande interpreta como los últimos restos del paganismo original, arrasado por la fuerza de la Inquisición, tanto en Francia como en España. La religión ha sido el pretexto para que los vecinos pudieran invadirnos, el origen de nuestras divisiones internas, enfrentando a los vascos en contiendas civiles, llevando a algunos bandos a buscar alianzas exteriores con los enemigos de Euskal Herria; la razón, sobre todo, de nuestro decaimiento interior. Ha sido la religión la causa de que una buena parte de los vascos haya ido con Franco, y es la causa de que los otros vivan gimiendo y llorando su derrota, cristianamente resignados, sintiéndose los buenos, o sea, los débiles, incapaces de defender las libertades con eficacia. Las críticas más despiadadas y sarcásticas de Mirande han estado dirigidas al nacionalismo vasco democristiano, que consideraba la expresión perfecta del grado de cristianización, e. d., degeneración del espíritu vasco en nuestros días, debido a la presión de la Iglesia y de los Estados modernos que lo oprimen.

Del espíritu vasco.- En efecto, para el nietzscheano Mirande (igual que para Pío Baroja: ¿Han leído ustedes *Jaun*

de Alzate?) espíritu vasco y espíritu cristiano son incompatibles. Es la oposición del espíritu de la vida, fuerte, y del espíritu de cobardía, de la debilidad enfermiza. Ortega y Gasset, quien según parece conoció a Nietzsche precisamente a través de Maeztu y que escribió "*Nietzsche nos hizo orgullosos*", lo plantea así: "*El magnánimo y el pusilánime pertenecen a especies diversas; vivir es para uno y otro una operación de sentido divergente y, en consecuencia, llevan dentro de sí dos perspectivas morales contradictorias*". Subrayo: dos especies humanas diversas; dos puntos de vista irreconciliables. No es posible una moral común para todos.

El mayor daño que han causado Francia y España a los vascos no es el haberles arrebatado sus Fueros, sino su mitología, su espíritu, sembrando en su lugar la semilla de la anarquía y del pacifismo cristiano, tratando de enturbiar así las fuentes mismas de todo posible renacimiento vasco. El cristianismo "*ha amansado, debilitado, mejor dicho, castrado el espíritu salvaje, duro, magnánimo de los antiguos vascos*" escribe Mirande. Ha ahogado en los pechos vascos las viejas virtudes, "*la voluntad de dominio, el egoísmo, el deseo de placer*". Ha emponzoñado la autoconciencia misma de los vascos haciéndoles creer que siempre fueron demócratas pacíficos y honrados, que toda su existencia consistía en la casta labor del caserío y la oración dominical en la iglesia, cantando y bailando los días de fiesta al son del tamboril. Muy al contrario, protesta Mirande, (todas las traducciones citadas aquí se deben a E. Gil Bera) "*nuestros antepasados han sido el terror de sus vecinos del Norte y del Sur: primero cuando asolaron y conquistaron el Norte de los Pirineos hasta más allá del Garona; después, en la reconquista hispánica, cuando se alzó el Estado navarro contra los africanos... y contra sus vecinos cristianos. (...) Los vascos no han sido nunca demócratas, salvo en esta última época a causa de la vileza traída por las maneras y enseñanzas extranjeras y la iglesia romana. Tampoco todos los habitantes eran cives optimo de jure [contra el igualitarismo vasco], por el contrario, hay que saber que había parias e intocables: gascones, gitanos, judíos, agotes, etc. Los legisladores disponían fuertes medidas contra ellos. Mencionemos el progromo de Estella [1328]. ¿Debemos*

avergonzarnos de esa `iniquidad` de nuestros antepasados los vascos de hoy? Yo creo que debiéramos alegrarnos, pues ello nos muestra que los vascos de entonces no tenían complejo de inferioridad... “.

El resultado de nuestra cristianización es que el orgulloso espíritu vasco de antaño se ha tornado en el más mísero espíritu de mercenario, de cipayo, como dicen ahora. La imagen acabada de éste nos la ofrece Ignacio de Loyola, típica alma de siervo entregada al servicio de quien sea con la más ciega obstinación: primero al servicio de Castilla contra sus hermanos de Navarra, luego contra los luteranos al servicio del Papa, siempre sumiso a poderes extraños. Nuestra historia está llena de intelectuales, santos, capitanes, marinos, secretarios que ofrecen su vida y sus servicios a señores ajenos, olvidando su patria. Gil Bera, en el excelente prefacio a su traducción de ‘*Haur besoe-takoa*’ [“La ahijada”] de Mirande, recoge la siguiente reflexión de éste: *“Complejo de inferioridad y morbo cristiano, con tales ajes los vascos pierden hasta el último asomo de orgullo y ya no desean más que esfumar su identidad en el nirvana cultural de Francia y España... Nuestro pueblo va a morir, y no de muerte honorable en la guerra, sino de manera vergonzante y vil, de degeneración...”*

Recordemos que, para Nietzsche, igualdad, fraternidad, lo mismo que compasión, etc., eran valores decadentes. *“Todos los valores en que la humanidad resume ahora sus más altos deseos son valores de decadencia”* derivados del cristianismo. Son virtudes contrarias a la vida, actitudes opuestas a la voluntad de poder. Y *“donde falta la voluntad de poder hay decadencia”*. En la negación de esa voluntad consiste esencialmente el cristianismo. *“El cristianismo –ha escrito Nietzsche: son ideas que Mirande comparte – ha tomado partido por todo lo débil, bajo, malogrado”*; es *“la más grande de todas las corrupciones imaginables, ella ha querido la última de todas las corrupciones posibles.”* Pero en el decurso lento de los siglos la multitud de los débiles ha acabado triunfando sobre los pocos espíritus fuertes; el cristianismo, una religión oriental inicialmente odiada y perseguida en occidente, ha vencido en toda

línea. Donde más profunda y radicalmente lo vemos triunfar es paradójicamente en grupos y partidos que exteriormente dicen haber renegado del mismo. Como ha escrito F. Savater comentando a Nietzsche: *“Todavía hoy (...) los valores éticos del cristianismo, más o menos modernizados y racionalizados, siguen mayoritariamente en pie. Son los partidarios más radicales de la izquierda los que los apoyan principalmente, lo que no deja de confirmar en gran medida el punto de vista de Nietzsche sobre el socialismo.”* Democracia, socialismo, son enfermedades derivadas de la epidemia cristiana. No extrañará, pues, que Mirande, crítico mordaz del democratismo y pacifismo del PNV, haya manifestado contra la naciente nueva izquierda vasca su más terminante repulsa desde el primer momento.

Más allá de la moral.- *“La moralidad –escribía Baroja- no es más que la máscara con que se disfraza la debilidad de los instintos. Hombres y pueblos son inmorales cuando son fuertes”.* Baroja es el escritor vasco con el que Mirande confesaba sentirse más identificado. Ambos nietzscheanos coinciden de hecho en muchos puntos. Maeztu, pretendiendo retener intacta por un lado la fe cristiana y profesar por el otro una moral de los fuertes, se encuentra en una situación difícil, por no decir insostenible. Baroja y Mirande, por el contrario, han roto todas las amarras que pudieran atarlos a la tradición cristiana y se encuentran moralmente libres.

Un espíritu fuerte, noble, no puede aceptar imposiciones externas, y menos puede dejarse encadenar por las reglas morales y convenciones de la mayoría. Los valores de las masas son, por definición, negadores de toda individualidad superior. Este no conoce otra moral que la que nace de sí mismo. Es creador de valores, no su esclavo. El es su propia norma y única ley. Mientras la masa vive del *“hágase tu voluntad”*, él sólo puede ser fiel a sí mismo, a la voluntad propia, e. d., a su energía interior y a sus poderosos instintos. El choque entre el espíritu fuerte *“inmoral”* y la mayoría timorata es el tema de su única novela, que sólo con muchas dificultades consiguió publicar. En el mundillo vasco Mirande ha provocado muchas veces el escándalo por sus manifestaciones en materia de

moralidad sexual. En realidad toda su obra literaria parece un ramoneo sistemático de todas las virtudes cristianas hasta no dejar una. Con todo, su proposición más escandalosa ha sido, sin duda, la invitación a todos los espíritus fuertes, ya en los años 50, a iniciar la lucha armada.

No olvidemos que la lucha armada puede ser la expresión de la más alta virtud. Signo de nobleza, grandeza de espíritu. *“La honradez, la veracidad, la templanza sexual -ha escrito Ortega- son sin duda, virtudes; pero pequeñas: son las virtudes de la pusilanimidad. Frente a ellas encuentro las virtudes creadoras, de grandes dimensiones, las virtudes magnánimas”*. Y, así como Mirande piensa en Euskal Herria, escribe Ortega pensando en la regeneración de España: *“Es preciso ir educando a España para la óptica de la magnanimidad, ya que es un pueblo ahogado por el exceso de virtudes pusilánimes. Cada día adquiere mayor predominio la moral canija de las almas mediocres, que es excelente cuando es compensada por los fieros y rudos aletazos de las almas mayores, pero que es mortal cuando pretende dirigir una raza y, apostada en todos los lugares estratégicos, se dedica a aplastar todo germen de superioridad”*. La raza española necesita fuertes dirigentes para ser una raza grande. (Debo anotar, entre paréntesis, que en el tema de la raza Mirande ha dejado bien clara su postura: no existe una raza vasca; lo que sí existe es un pueblo vasco, históricamente constituido). Grandes serían, según Ortega, virtudes tales como la impulsividad, la falta de escrúpulos, el activismo, la inquietud constante. Grandes son las fuerzas brutas, demoníacas: *“Sobre éstas va a caballo el genio”*. Ya hemos oído bastante sobre el valor de la guerra como una fuerza moral –más allá de la moral- que eleva al hombre, idea común a todos los nietzscheanos. No es necesario que nos extendamos más. Es en este sentido nietzscheano como debe ser entendida la llamada de Mirande a la violencia. Ha sido, ciertamente, un grito de rebelión política contra el PNV. Pero ha sido, sobre todo, una convocatoria dirigida a los espíritus fuertes, a situarse definitivamente más allá del bien y del mal, única esperanza -a sus ojos -, de libertad y de supervivencia para el pueblo vasco. Es la llamada a las almas grandes a congregarse. Mirande evoca la violencia en un tono religioso, casi místico – pagano,

naturalmente. Y ha entendido su organización armada al modo de una orden religiosa militar. El espíritu de esta Orden de Caballeros más allá del bien y del mal queda reflejado en la siguiente poesía:

*Así me muera una mañana
armado, silencioso y erguido
en combate por amor de esta vieja tierra,
en los montes, de manos enemigas.
Así perezca joven sin banderas
ni señales, sin oración en mis labios,
sin maldición alguna,
conforme, sin temblar.
Así pierda el aliento, el alma, la sangre,
por tí, mi diosa adorada,
¡Vieja Tierra! en combate.
Maceren los soles de orto a ocaso
este cuerpo dormido
en tí, aguardando renacer.
(Trad. De E. Gil Bera)*

Maeztu en varias ocasiones le hace decir a Cánovas: “*Con la Patria se está con razón y sin razón, como se está con el padre y la madre*”. También aquí la patria estaría, pues, más allá del bien y del mal. Pero sospecho que ésta, que don Ramiro suele presentar como “*la magnífica sentencia*” de Cánovas, es en verdad la expresión del más íntimo sentimiento inconfesable del propio Maeztu. Como tantas veces, éste manipula el texto haciéndole decir lo que él quisiera (y tal vez no se atreve). El original de Cánovas era algo distinto y bastante menos retórico: “*con la Patria se está, con razón, en todas las ocasiones y en todos los momentos de la vida, como se está con el padre, con la madre, con la familia...*” (Anotado entre paréntesis: también para Cánovas la patria o nación consta de raza, territorio y tradiciones comunes –raza en primer lugar). Si es sintomático que Maeztu, partiendo de esta sencilla frase, acuñe aquella rotunda sentencia –*right or wrong my country-*, no lo es menos que luego siempre la deje en boca de Cánovas. La ética del amor a la patria es una cuestión tan turbia como curiosa en toda

la historia moderna, del Renacimiento a las dos Guerras Mundiales. Para Mirande no hay problemas. Maeztu lo tiene más complicado, por eso se vale de Cánovas. Hay que reconocer que Cánovas sabía él mismo no quedarse corto: "*La patria (...) siempre tiene razón*", declaraba sin ambages. Sobre todo "*una vez empeñada la patria en formal contienda, no es lícito, sino inicu, el quitarle la razón jamás*", sigue aseverando en el mismo tono absoluto. Y es que en la escala de valores y obligaciones, "*la patria es para nosotros tan sagrada como nuestro propio cuerpo y más*". Más sagrada, ciertamente, que el propio cuerpo. Más sagrada también que la vida, propia o ajena. Más sagrada que la familia: en ocasiones –dice– se puede sacrificar los padres, hermanos o hijos, "*lo que tan sólo para el malvado sería posible es el sacrificio a nada, ni a nadie, de la patria*". Por eso, la traición a la patria es más grave que el parricidio mismo. Sólo "*por la patria y no más va voluntariamente el hombre, sin faltar a Dios, tanto a recibir como a dar la muerte*". Y el homicidio, que en otro caso sería un crimen bárbaro y repugnante, merece con justicia los más altos honores y premios hecho por la patria. "*Ni hay que preguntarle a la patria el por qué, si ella manda que al pie de su bandera rinda el hombre la vida*", etc. Todo esto lo dice Cánovas con la naturalidad de quien sabe que no está diciendo nada nuevo para sus oyentes, y tenía sobrada razón. Todos sabemos que ésta es *in genere* doctrina muy común. Se podrían citar otros muchos autores españoles con ideas patrióticas similares. (Nacionalistas suelen ser siempre los otros, naturalmente). Sin embargo, algo en Maeztu se resistía a suscribir tales afirmaciones. En sus inicios él había comentado críticamente la guerra de Cuba (denunciando los errores que allá cometía la patria), luego fue corresponsal en la Guerra Mundial a favor de Inglaterra. Había visto que con esta lógica cada patria tiene razón; o sea, que si España tenía razón, también la tenían Cuba y los Estados Unidos; si Inglaterra, también Alemania. Tal vez Cánovas hubiera podido aceptar esta tesis de la razón compartida, no lo sé. Pero Maeztu, que en su juventud había querido ver la patria más allá del bien y del mal, se ha convertido en un católico ferviente, y no puede hablar ya en términos tan absolutos y tan relativistas. Entonces cabe otra salida (que vemos frecuentemente): por medio de una pequeña operación, más o

menos consciente, se convierte la patria en El Bien (puede ser Dios, la democracia). Maeztu ha podido aprenderlo de esa misma Iglesia que en la guerra de Cuba había desarrollado una teología patriótica tan ardorosa, que el Vaticano se había visto obligado a intervenir, haciendo callar incluso a un par de Obispos demasiado celosos: España es el pueblo de Dios; sus enemigos, los enemigos de Dios; la guerra, una guerra santa... Todavía en 1937, el Boletín Eclesiástico del Obispado de Vitoria (pág. 454), enseñaba a los vascos, en plena guerra civil: *“Amar a España es amar lo más grande, lo más sublime. Despreciarla, es despreciar lo más sagrado (...): amad a España y amareis a Dios”*. Esta es la postura que Maeztu ha acabado adoptando. Y quizá haya en ello algo de nietzscheano, toda vez que así la patria, si no más allá del bien, por lo menos está más allá de todo mal.

Paganismo vasco.- Creo que todos entendemos sin dificultad que, aquí en Euskadi, “más allá del bien y del mal” significa en concreto y primerísimamente más allá de la Iglesia. La institución moral por antonomasia aquí es la Iglesia católica, con todas sus escuelas, colegios, etc. Que los vascos dieran la espalda inmediatamente a esa institución, que no sólo en la guerra civil los había tratado con la mayor desconsideración, sino en toda la historia, era para Mirande absolutamente urgente. No hay camino de libertad si no es rompiendo primero con la Iglesia.

Pero Mirande, tanto o más que en términos políticos, pensaba y sentía en términos culturales. Ya hemos visto qué significa el cristianismo desde el punto de vista nietzscheano. Como también se ha dicho, Mirande –siempre con Nietzsche– consideraba la cristianización la primera causa del envilecimiento del antiguo espíritu vasco (del europeo, en general) y odiaba todo lo que oliera a cristianismo aún de lejos. El cristianismo nos impide ser verdaderos vascos; peor, nos impide ser simplemente hombres de verdad. De Jesucristo habla Mirande como de Jesús-bar-Joseph: el hijo de José. Un judío, nada más. (Sospecho que el hondo desprecio que Mirande sentía por los judíos era un derivado de su aún más hondo desprecio del cristianis-

mo). Su agresividad llega al punto de exclamar: *“Si hoy, vástago de judío, volvieras a nosotros/ ¡yo mismo te crucificaría!”*

Digamos, ante todo, que ha sido Mirande quien más tenazmente y también más poéticamente nos ha recordado a los vascos que tenemos nuestras divinidades, nuestra mitología propia, muy anteriores al cristianismo y que no podemos olvidarlos. *“Según es uno, así es su Dios”*, decía Goethe. Y así lo cree también Mirande. Según los pueblos, así sus dioses. Cada pueblo crea sus divinidades a imagen y semejanza propia. Un pueblo fuerte tiene dioses fuertes, un pueblo dogmático y autoritario un dios autoritario y dogmático (éste es el juicio de Mirande sobre los pueblos “orientales”). En principio hay que entender la mitología como un concepto positivo. En la mitología un pueblo se expresa a sí mismo, su experiencia, su autoconciencia. En ella descubre un pueblo, como en un espejo, su identidad. En sus dioses se escucha y se entiende a sí mismo. En la humanidad plural, cada raza —dice Ortega y Gasset— es el ensayo de una nueva manera de vivir, de una nueva sensibilidad; *“y originariamente y sobre todo, una raza es una manera de pensar”*, un estilo de vida, que se manifiesta en una mitología. Para Ortega un pueblo es al fin su mitología, que es el aire que respira cada día. Volviendo a Nietzsche: *“Un pueblo que continúa creyendo en sí mismo — leemos en “El Anticristo” — continúa teniendo también su Dios propio. En él venera las condiciones mediante las cuales se encumbra, sus virtudes — proyecta el placer que su propia realidad le produce, su sentimiento de poder, en un ser al que poder dar gracias. Quien es rico quiere ceder cosas; un pueblo orgulloso necesita un Dios para hacer sacrificios”*. En los años de posguerra Mirande ha contribuido mucho a despertar el interés por nuestra mitología, entendida ya, no como cuentecillos de viejas, sino como lo que es, el espejo de los que la crearon. No se buscaba ya el “auténtico” espíritu vasco en el labrador, cristianizado y amansado, de las anteiglesias medievales pacíficas y democráticas de Arana Goiri. *“Yo he creído siempre lo contrario de estos nacionalistas vascos —ha declarado Baroja— (...). He creído que el país vasco no tiene historia de importancia, pero que tiene prehistoria, sociología y mitología, y que éstas, por pequeñas que sean, tienen, mientras*

sean autóctonas, alguna trascendencia, por ser un reflejo, no de las ideas latinas, sino de algo anterior a estas ideas y anterior también, en muchos casos, a las creencias indogermánicas". Bebiendo de esa prehistoria y partiendo de ella, Oteiza, Chillida, etc., han desarrollado una nueva estética vasca. Igualmente Mirande, en Basajaun, en Ortzi, en las lamias, ha visto las antiguas divinidades de los vascos, su visión de la naturaleza, su sentido de la vida, su poesía. Y no sólo ha estudiado o teorizado sobre la mitología. Ha tratado de impulsar un nuevo paganismo vasco. Ha soñado con la restauración de los altares en los bosques, donde vírgenes sacerdotisas ofrecieran sacrificios de flores y de leche. Ha creado textos y compuesto himnos para aquellas liturgias como éste:

*Dios de piedra de la selva
Tienes el martillo en una mano
Y el cedazo en la otra; mas
Los humanillos de esta generación
No saben de tu Rectitud...
Criba en tu cedazo a los hombres,
Quebranta con tu martillo
A los enemigos todos:
Danos, Padre bueno, la fuerza
Y un buen Sino a nuestra casta.
(Trad. De E. Gil Bera)*

Por el contrario: *"Cuando un pueblo se hunde –volvemos a encontrar en Nietzsche-; cuando siente desaparecer de modo definitivo la fe en el futuro, su esperanza de libertad; cuando cobra consciencia de que la sumisión es la primera utilidad, de que las virtudes de los sometidos son las condiciones de conservación, entonces también su Dios tiene que transformarse. Ese Dios vuélvese ahora un mojigato, timorato, modesto, aconseja la "paz del alma", el no-odiar-más, la indulgencia, incluso el "amor" al amigo y al enemigo. Ese Dios moraliza constantemente, penetra a rastras en la caverna de toda virtud privada, se convierte en un Dios para todo el mundo, se convierte en un hombre privado, se convierte en un cosmopolita... En otro tiem-*

po representó un pueblo, la fortaleza de un pueblo, todas las tendencias de agresión y de sed de poder nacidas del alma de un pueblo: ahora es ya meramente el Dios bueno... “

De hecho hoy es éste el dios de los vascos y no aquellos otros. Esta es la tragedia. Hemos perdido nuestros dioses a cambio de un “dios semita”, un dios de la decadencia, extraño, que nos ha sido impuesto. Sin embargo, así cree –o quisiera creer- Mirande, para los vascos ese dios sigue siendo un extraño. (“*Yo comprendo que a los vascos no les agrada el cristianismo, que no es más que la avalancha judía con un barniz latino*”, dirá Baroja). Mirande insiste en que Euskal Herria se cristianizó muy tarde. Cuando los pueblos vecinos eran ya cristianos, los vascos seguían en el paganismo. Y aún luego de evangelizados, Mirande piensa que los cultos paganos subsistieron todavía largo tiempo, más o menos marginados (entendía el “Akelarre” de las brujas, por ejemplo, como una congregación cultural pagana). “*En el fondo seguimos siendo paganos*”, decía.

En realidad Mirande chocó con el espíritu mezquino y cerrado, no sé si cristiano, en todo caso muy característico de los años 50/60, de sus compatriotas, y sucumbió en él. Mirande fracasó. Sus ideas y su obra no encontraron sino hostilidad y censura, en lugar de la alegría de la vida de un naciente paganismo. Deberíamos decir que los vascos de la época ni siquiera le entendieron. Y –resignado- Mirande optó por el silencio.

BIBLIOGRAFÍA

I.-MAEZTU, Ramiro de.

- Defensa de la Hispanidad. Valladolid 1938 [1 ed. 1934]
Defensa del Espíritu. Madrid 1958
Don Quijote, Don Juan y la Celestina. Madrid 1972 [1 ed. 1926]
España y Europa, Buenos Aires 1947
Frente a la República, Madrid 1956
Hacia otra España, Madrid 1997 [1 ed. 1899]
La crisis del humanismo. Barcelona s/f [1919]

Sobre MAEZTU

- AGUIRRE PRADO, L. 'Ramiro de Maeztu' Madrid 1974
MARRERO, Vicente. 'Maeztu'. Madrid 1955
PALACIOS FERNÁNDEZ, Emilio. 'Ramiro de Maeztu. La labor literaria de un periodista (1897-1910)' Vitoria-Gasteiz, 1982.
VILLACAÑAS, J.L., "Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España", Madrid 2000.

II. MIRANDE, Jon

- Ene Jainko-eidol zaharra, Donostia 1984
Haur besoetakoa, Donostia 1970
Idazlan Hautatuak, Bilbao 1976
Miranderen Lan kritikoak (ed. J. Larrea), Pamplona-Iruñea 1985

Sobre MIRANDE

- AZURMENDI, J., 'Mirande eta kristautasuna', Donostia 1978
AZURMENDI, J., 'Schopenhauer, Nietzsche, Spengler Miranderen pentsamenduan', Donostia 1989
GIL BERA, E., "Prefacio: MIRANDE, J. La Ahijada, Pamplona-Iruñea 1991, 9-78
MUJIKA, L.M., 'Miranderen poesigintza' 2 vols., Donostia 1984